

Preludio: Un estuche de violín bajo la cama

Ha llamado Willie Burns —dijo Connie O'Mara cuando su marido, Jack, volvió a casa.

—¿Qué quería?

—Quiere que vuelvas a la comisaría.

—A la orden.

Era una fresca tarde otoñal en Los Ángeles, por lo que el sargento John J. O'Mara sacó el abrigo del armario y cogió el sombrero de fieltro de ala ancha del perchero, junto a la puerta del apartamento en el que vivían alquilados desde que él regresó de la guerra. Todavía llevaba el revólver en la sobaquera.

Su viejo Plymouth estaba aparcado enfrente de la Iglesia Católica de San Anselmo, cuyo sacerdote ya le había enganchado como ujier, considerando al joven sargento irlandés como el candidato ideal para pasar el cepillo; su intimidante mirada de ojos azules sería más que suficiente.

El apartamento se encontraba a escasos tres kilómetros de la comisaría del departamento de policía en la calle Setenta y siete, lindando con Watts, por lo que durante el trayecto no le dio tiempo suficiente para plantearse por qué el teniente Burns le habría llamado fuera de su turno. O'Mara estaba mal visto en el departamento por trincar a una banda de ladrones donde participaba el hijo de uno de los comandantes de la policía. Los perros más viejos consideraban que lo mejor habría sido hacer desaparecer el archivo del caso. Pero no lo hizo.

Cuando O'Mara llegó a la comisaría, en la sala de informes se encontraban reunidos dieciocho hombres, muchos de ellos enormes, los polis más grandes que había visto jamás. Aquello no era un caso de robo. La mayoría iban ataviados con gabardinas y sombreros, como él. El teniente Willie Burns se había calado el suyo hasta los ojos, al estilo de los chicos malos.

Burns aguardaba en el extremo de la sala. Era un tipo bajo y duro que sabía lo que era recibir un disparo desde el inicio de su carrera como policía y que había servido como oficial de artillería en los Marines. Se hallaba de pie, tras un banco, sobre el cual había una ametralladora Thompson.

—El jefe nos ha ordenado que formemos un grupo especial —explicó Burns mientras desmontaba y volvía a montar el arma con mano relajada.

Así lo llamó entonces, el grupo especial. Más tarde, Burns diría al gran jurado: «Mi objetivo principal consistía en reducir las matanzas de los gánsteres e intentar mantenerlos controlados». En ese momento explicó a los dieciocho presentes los pormenores. Si se unían a él, sus objetivos serían individuos como Benjamin «Bugsy» Siegel, el *playboy* refugiado de la industria del crimen de Nueva York, y Jack Dragna,

el importador de plátanos siciliano que se había adueñado discretamente de las apuestas ilegales de Los Ángeles y demás tinglados relacionados. La mayoría de los polis no habían oído hablar nunca de Dragna, el presunto cabecilla de los trapicheos de su ciudad.

A la mayoría sí que les sonaba el siguiente nombre, aunque solo fuese porque Mickey Cohen había matado a un hombre el año anterior, un corredor de apuestas entrado en kilos. Mickey era casi como de la casa. Nacido en Brooklyn como Meyer Harris Cohen, se había mudado al oeste con su madre cuando era un niño y se había criado en el miserable barrio de Boyle Heights. Al principio se pegaba por las esquinas de las calles como vendedor de periódicos, pero lo dejó para dedicarse al combate remunerado, como peso pluma, con su escaso metro sesenta y cinco. Mickey era un tipo pequeño, pero de los que aprenden que un arma te puede hacer más grande. Iba de los combates de boxeo a la organización de partidas de dados, pasando por los asaltos a mano armada, desde Cleveland hasta Chicago, hasta que llamó la atención de la organización de Capone, donde empezaron a referirse a él como «el chico judío». Le animaron a que se llevara sus agallas al oeste, donde podría aprender algo de estilo de la mano del aficionado a los trajes de cachemira Ben Siegel, y quién sabe si a ayudar a Bugsy a poner orden en las barriadas deprimidas de Los Ángeles. Pero Mickey había pasado desapercibido hasta 1945, cuando Maxie Shaman, con sus más de cien kilos, irrumpió en su nada discreto garito de apuestas, ubicado en una tienda de pinturas de Santa Mónica Boulevard. Mickey decía que el gran Maxie se le había echado encima con un arma del 45, la misma que hallaron junto a su cadáver, y que no tuvo más remedio que liquidar al

corpulento corredor de apuestas con el diminuto 38 que guardaba bajo el mostrador.

Más tarde, otro corredor, Paulie Gibbons, recibió siete disparos en una calle de Beverly Hills. Los siguientes en caer, en 1946, fueron Bennie «Bola de Carne» Gamson y George Levinson, ambos de Chicago, matanza que generó el titular «LA GUERRA POR LAS APUESTAS DEL HAMPA» que colmó el vaso de los mandamases de Los Ángeles, y la razón por la que el teniente Willie Burns había reunido a dieciocho candidatos, escogidos a dedo, para formar un grupo secreto ese mismo mes de octubre.

—Estas serán vuestras herramientas de trabajo —les dijo Burns mientras exhibía la Tommy* y le encajaba el cargador circular de cincuenta balas.

El trato era el siguiente: si se unían a él, seguirían en la lista de personal de sus respectivas comisarías pero trabajarían desde un par de Ford oxidados. No harían arrestos. Si había que encerrar a alguien, llamarían a Homicidios, Antivicio o Hurtos. Además, también tendrían que estar disponibles para «otros encargos», según el jefe C. B. Horrall lo considerase oportuno. Contarían con dinero, un fondo del servicio secreto para pagar a los soplones que les ayudasen a reunir información sobre tipos como Bugsy, Dragna o Mickey Cohen. Pero nada de despachos. Se reunirían en las esquinas de las calles, en los aparcamientos y en las colinas. De hecho, no existirían.

Burns concedió a los dieciocho una semana para sopesar la oferta y el consejo de un viejo teniente de la calle Setenta y siete, cuando les dijo que una labor como esa podría

* Abreviatura de Thompson, en referencia al arma automática característica de la época dorada de los gánsteres (*N. del T.*).

no solo congradarles con el jefe, sino incluso convertirlos en auténticos héroes.

—O podríais acabar en San Pedro, pateando la acera sin rumbo. —El sargento O'Mara exhaló bocanadas de humo de su pipa mientras el viejo teniente les advertía —: Hagáis lo que hagáis, no os metáis en líos.

Al cabo de la semana, solo volvieron siete para unirse a Willie Burns, componiendo finalmente una brigada especial de ocho, la Brigada de Élite. Uno era O'Mara, que tuvo que explicarle a su mujer, Connie, lo que contenía en realidad el elegante estuche de violín que, a partir de entonces, guardaría siempre bajo la cama.

El sargento Wooters se unió más tarde. No era ujier de iglesia ni fumaba en pipa. Lo suyo eran los puros y los cigarrillos, que solía llevar colgando despreocupadamente de la comisura de los labios. Gerard «Jerry» Wooters era delgado y anguloso; y ninguna situación angulosa le venía grande. Era hijo de un minero itinerante que había llegado a California en pos de esa vieja fantasía que prometía fortuna rápida, aunque, por lo general, nunca dejó de ser pobre. Jerry intentó evitar la guerra, pero no pudo. Fue derribado en el Pacífico y flotó a la deriva en una balsa. Si los japoneses lo encontraban primero, sería hombre muerto. Y si lo encontraba un buque estadounidense, volvería a casa repleto de medallas. Al regresar a casa con sus medallas, conservó fotos suyas con las simpáticas enfermeras que le ayudaron a recuperarse. Como policía, siempre exhibía la misma actitud desafiante de «que te den» tanto con los delincuentes como con sus superiores. En su primer caso para la Brigada de Élite, dirigió

una investigación que cambiaría los paradigmas del método policial en California.

Jerry Wooters y Jack O'Mara no tenían nada en común aparte del rango de sargento y su compartida obsesión por Mickey Cohen.

Más adelante, O'Mara tendió una trampa a Mickey usando sus propias armas para demostrar que era un asesino.

Wooters forjó una alianza con el colega rival de Mickey en los años 50, Jack «El Ejecutor» Whalen, un portento de hombre que se jactaba de no haber necesitado nunca un arma de fuego —sus puños le bastaban— y con sueños de gloria en Hollywood.

Ninguno de los dos le dijo al otro lo que había hecho.

Bien alerta ya una década antes de que el FBI de J. Edgar Hoover admitiera la existencia de la mafia, la Brigada de Élite de Los Ángeles optó por la perspectiva del «todo vale» para hacer la vida imposible a Mickey Cohen y los de su calaña. Sus miembros simulaban tiroteos desde coches en marcha para confundir a sus presas y se las llevaban de paseo hasta Mulholland Drive para mantener charlas que les metiesen el miedo en el cuerpo antes de devolverlas a casa. Se hacían pasar por exterminadores de plagas y técnicos de la compañía telefónica para colocar micrófonos ocultos; al demonio con las órdenes judiciales. Los plantaban donde hiciese falta, ya fuese un televisor o el colchón de una amante. Neutralizaban a algún periodista fisgón y hacían favores bajo manga a Jack Webb, que glorificaba al Departamento de Policía de Los Ángeles en *Dragnet*, su programa televisivo. Se dedicaban a robar armas y agendas de los mafiosos

y les dejaban mensajes anónimos, no exactamente dulces, bajo la almohada.

Operaban al filo —investigaciones del gran jurado, denuncias y algún que otro jefe de policía escéptico—, pero sobrevivieron a la década de 1950. Fue entonces cuando uno de sus casos llegó hasta el Tribunal Supremo del Estado y uno de los suyos, Jerry Wooters, se desmadró un poco, propiciando una noche funesta en el Valle, cuando una bala en la frente marcó el final de la Brigada de Élite, y con ella un periodo que marcó la historia de Los Ángeles.

Actuaban en lugares y momentos en los que la verdad no se hallaba a la luz del día, sino entre las sombras, y la justicia no se dispensaba en marmóreos tribunales, sino en las calles. Esa era Los Ángeles, la soleada ciudad de palmeras y hombres que se hacen a sí mismos, la ciudad que se pasó todo un siglo fingiendo que el mal era algo que venía desde muy lejos.

PRIMERA PARTE

Los Whalen se mudan a Los Ángeles

CAPÍTULO 1

La estafa del camino polvoriento

Fred Whalen aprendió a estafar a lo largo del Mississippi, el río que divide Estados Unidos, en salones de billar y funciones de corte religioso. Nació en Alton, Illinois, en 1898, río arriba de Saint Louis. De adolescente, ya sabía de qué iban los evangelistas itinerantes que establecían sus puestos de venta en tenderetes, establos y, a veces, incluso en iglesias. Contemplaba a la gente sumirse en un éxtasis divino con sus congregaciones e inmediatamente supo lo que pasaba: eran farsantes, timadores, compinches de los predicadores. El pequeño Freddie apenas si podía ver por encima de los bancos, pero tenía claro que aquellos que se retorcían en los pasillos eran unos farsantes. Así que se dedicó a fastidiarles el negocio... hasta que los predicadores le ofrecieron 5 dólares para mantenerse alejado.

Freddie contaba con otra táctica para los evangelistas que no empleaban presuntos extasiados. Él no necesitaba un libro de coro. Se conocía todas las expresiones habituales,

como «¿Has sido lavado en la sangre?», así que no le costaba nada levantarse entre el gentío y cantar a pleno pulmón entre las filas prietas:

¿Están impolutos tus atavíos?

¿Son blancos como la nieve?

¿Has sido lavado en la sangre del cordero?

En ese momento, el evangelista indicaba a todos que se sentaran, ansioso por entrar en materia, y el rebaño no dudaba en hacer lo que le mandaban, a excepción de Freddie. Él se quedaba de pie y repetía: «¿Has sido lavado en la sangre?» y el resto se levantaban de nuevo y se unían a él, cantando desde el primer verso hasta el último. Después, el pastor indicaba una vez más a la gente que se sentara, y Freddie volvía una vez más a su estribillo: «¿Has sido lavado en la sangre?». El negocio con estos era el habitual: cinco pavos para mantenerse lejos.

En cuanto al billar, Freddie era un auténtico prodigio; no había ningún truco en el hecho de que en quinto curso ya era capaz de ganar a cualquiera en Alton. Un viejo lobo, conocido como Tennessee Brown, vio cómo el muchacho irlandés toreaba a no pocos jugadores decentes por un tarro lleno de monedas y rogó a sus padres que le permitiesen enseñar al muchacho. El padre de Freddie trabajaba como guardaguja en Illinois Terminal, pero había crecido en medio de las hambrunas de la patata de Irlanda, y conocía el valor de un poco de dinero extra. Así pues, el pequeño Freddie no tardó en dar exhibiciones con el taco, donde dejaba boquiabierto al personal haciendo saltar las bolas sobre botellas de Coca-Cola. Pero no ganaba la pasta exhibiendo sus habilidades, sino pareciendo muy malo mientras desvalijaba al rival, ha-

ciéndole creer que era él quien perdía por sus propios fallos. Freddie dejó la escuela y se echó a la carretera con su taco y su mentor, que le llevó por todos los salones y garitos de billar que bordeaban el río para perfeccionar sus timos. En ocasiones, Tennessee Brown se ofrecía a jugar, pudiendo utilizar él una sola tronera mientras los contrincantes disponían de las otras cinco. Cuando recaudaba lo debido, se permitía un puro de veinticinco centavos y le decía al perdedor: «Apuesto a que ni siquiera eres capaz de ganar a ese chico».

La infancia de Freddie terminó oficialmente cuando su padre enfermó de tuberculosis y se volvió incapaz de librarse de la tos. John Whalen partió sin su familia hacia ese lugar precioso y distante llamado California, famoso por sus curas milagrosas. Pero tuvo que regresar a Alton cuatro semanas después, debido a la nostalgia y con la tos intacta. Freddie tenía catorce años cuando su padre falleció en 1912.

Se mudó a Chicago para poner en práctica todo lo que había aprendido sobre la naturaleza humana como vendedor a domicilio. Era delgado, pero medía más de metro ochenta y parecía todo un hombre con su traje y chaleco gris a juego. Su sonrisa era desmesurada, la típica de un vendedor, y si algunos la encontraban falsa, pues allá ellos; a la mayoría les gustaba cómo iluminaba la habitación. Freddie convenció a dos estudios fotográficos rivales de la Ciudad del Viento para ser su representante. Por un dólar, las familias recibían un vale que podían canjear por un retrato de veinte por veinticinco. Jamás permitió que ninguno de los estudios supiera que vendía para el rival.

Freddie no tardó nada en trabajar un producto mucho más elaborado: una máquina que estampaba cheques. A la gente le asustaba que cualquiera pudiera alterar los cheques

que firmaba para aumentar la cuantía, así que ese ingenio, similar a una máquina de escribir, perforaba el papel para componer el número exacto. Giraba el cheque literalmente, dando origen a la expresión. Le resultó fácil convencer a sus clientes de que asumían un gran riesgo si no compraban uno de sus protectores de cheques. Más pronto que tarde, la empresa que fabricaba las máquinas le propuso ir a Nueva York para ampliar allí las ventas. Rehusó por culpa de una chica.

La familia Whalen tiene dos versiones de cómo Freddie conoció a Lillian Wunderlich. La primera es genuinamente americana, dulce, romántica e inocente. En ella se dice que sus labores como vendedor le llevaron de vuelta hasta Saint Louis, donde pernoctaba en una bulliciosa pensión regentada por la madre de Lillian. El clan Wunderlich era vasto, con dieciséis hijos, muchos de ellos criados en la granja familiar de Pacific, Missouri. Puede que por eso los chicos fuesen tan fuertes. Uno de ellos, Augustus, «Gus», era capaz de levantar la silla de madera más pesada de la casa con una sola mano. Pero era la hija mayor la razón por la que Freddie siempre volvía. Nacida en 1899, un año más tarde que él, Lillian solo tenía catorce años cuando salieron por primera vez, acompañados por varios Wunderlich como carabinas, más que dispuestos a mantener vigilado al vendedor aficionado al billar de amplia sonrisa.

Pero la otra versión de cómo se conocieron sugiere que los Wunderlich comprendieron desde el primer momento a quién abrían la puerta de la familia. Al joven Gus también le encantaban los espectáculos religiosos de la ruta del serrín*

* Se refiere a un movimiento evangelizador itinerante en Estados Unidos que se caracterizaba por el uso de tiendas de campaña y otros edificios temporales, donde se celebraban sermones y misas. Se llama así porque se solía echar serrín en el suelo para amortiguar el ruido de los pasos (*N. del T.*).

y asistió a uno que se celebraba en un granero. La noche siguiente arrastró consigo a dos de sus hermanas, diciéndoles a Lillian y a Florence que tenían que ver aquello. Se sentaron en el desván descubierto, mirando hacia abajo mientras el predicador imploraba al gentío:

—Yo sé que hay un pecador ahí fuera, un pecador que bebe, juega y va con mujeres. Y si todos inclinamos la cabeza, esta noche abrazará al Señor. Adelántate, pecador, ¡adelántate!

Entonces, un joven larguirucho, moreno y acicalado, se incorporó de un salto.

—¡Soy yo! —gritó mientras avanzaba de rodillas para recibir la salvación, sollozante.

Se trataba de Fred Whalen, por supuesto, y tras el servicio, Gus llevó a sus hermanas a la parte trasera del granero y les pidió que observaran mientras el predicador y Freddie se estrechaban las manos y algo verde pasaba del hombre del hábito al arrepentido pecador de la noche, que ya no era enemigo de los evangelistas itinerantes.

Lillian Wunderlich se quedó pasmada. Le gustaba presumir de que su abuela había salido a bailar con los hermanos, y ladrones de trenes, Frank y Jesse James, a mediados del siglo XIX. Le atraían ese tipo de hombres, lo llevaba en la sangre. Tenía dieciséis años cuando se casó con Fred. Él, diecisiete. Pasaron su luna de miel en el hotel Mineral Springs de Alton, que vendía las cualidades terapéuticas de las aguas que bullían en su subsuelo, e incluso vendía botellas de tan milagroso portento.

La pareja tuvo primero una hija, Bobie, y luego un hijo, Jack. Décadas después, la familia insistió en que el niño era un bebé enorme, casi cinco kilos al nacer, ¿o eran seis, o siete? Las leyendas familiares varían en este punto. Pero la partida

de nacimiento del estado de Missouri no indicaba el peso, sino solamente que Jack Fredrick Whalen había nacido al pasar la medianoche del 11 de mayo de 1921.

Al año siguiente, Fred Whalen dirigió la migración al oeste del clan, compuesto por él mismo, su mujer, sus dos hijos y un puñado de Wunderlich. Se presentó en la pensión con 26 dólares, su taco de billar, sus ropas elegantes y dos coches.

—Todo el mundo quiere ir a California. Haced las maletas, que nos vamos —anunció, y una docena de personas se metió en los coches que aguardaban fuera. Uno era un sedán negro que apenas se mantenía en pie, construido por la Dorris Motor Car Company, de Saint Louis («Construido pensando en la calidad, no en el precio»), que no tardaría en pasar a mejor vida. Pero el otro era un regalo a la vista, un Marmon Touring Car construido por la compañía de Indianápolis, cuyo bólido monoplace amarillo había ganado la primera carrera de quinientas millas de la ciudad. Ahora Marmon ofrecía a los aficionados al motor «el mejor coche de la mejor clase», con un amplio asiento posterior alejado del conductor, estribos a ambos lados, el primer espejo retrovisor y una rejilla frontal coronada con un ornamento plateado digno del coche de cualquier empresario millonario, que era exactamente lo que Fred quería parecer en los pueblos que fuesen atravesando por el camino.

Se detenían en cualquier zona de descanso polvorienta a las afueras de ninguna parte, y todo el mundo salía a estirar las piernas, salvo Fred, su joven esposa y el poderoso Gus. Una de las tías se encargaba de cuidar del pequeño Jack, que viajaba en una improvisada cuna que colgaban de una cuerda

tras el asiento del conductor de uno de los coches. Mientras los demás Wunderlich salían en busca de alguna granja cercana para hacerse con un pollo extraviado, Fred se vestía con su traje de tres piezas y Lillian con su vestido más elegante y un sombrero a juego. Gus se ponía una camisa blanca, un chaleco... y un gorro de chófer. A continuación se dirigían hacia la avenida principal con el imponente Marmon, la pareja detrás y Gus al volante. Fred lo llamaba «muchacho» o «chico». No obstante, Gus era un conductor excelente. Había lidiado con vehículos de granja y reconstruido sus motores desde el día que dejó la escuela, en sexto curso.

En cada pueblo, Gus buscaba la taberna más concurrida y aparcaba delante el Marmon. Cuando salía para levantar la capota, toda una multitud se agolpaba para admirar lo que saltaba a la vista que no era un Ford y a la elegante pareja que iba detrás. Gus solía comprobar el motor, negar con la cabeza y preguntar si alguien sabía dónde podía encontrar herramientas. Entonces se acercaba a Fred y le decía:

—Disculpe, señor, pero llevará tiempo arreglarlo. ¿Por qué no entran en el local y se toman un refresco?

Entonces, Fred cogía a Lillian de la mano y se la llevaba al interior del local. No tardaba alguno de los lugareños en preguntar:

—¿Quiénes son?

Y entonces era cuando Gus informaba de la empresa financiera que dirigía Fred, consorcio, sociedad o las dos cosas. Y, seguidamente, preguntaba si no había mesas de billar en las cercanías.

—Pues claro.

—Pues mi jefe presume de jugar al billar. Bueno, cree que sabe hacerlo.

Gus miraba a ambos lados para asegurarse de que su jefe no estaba por allí y decir con la boca pequeña que, a poco que uno supiera lo que hacía y estuviera sobrio, podría ganarlo sin sudar. Lo único que pedía Gus era que se compartiese parte de lo ganado con el amable chófer que había facilitado la información, un detalle de agradecimiento por haber desvalijado a su jefe. No tardaba en extenderse la noticia de que había en el pueblo un ricachón fácil de desplumar.

Así sufragaron los Whalen y los Wunderlich su expedición al oeste, con las ganancias que Fred arrancaba de todos los paletos del corazón de Estados Unidos.

CAPÍTULO 2

La ciudad donde el mal siempre viene de fuera

El miedo a que la ciudad se llenara de malhechores se había extendido por Los Ángeles desde antes del cambio de siglo. El creciente sistema de ferrocarriles de la nación no alcanzó la joven ciudad hasta 1876, cuando la Southern Pacific la enlazó desde el norte, el mismo año en que se fundó el puesto de jefe de policía al cargo de seis oficiales. En 1891, Los Ángeles era una comunidad desperdigada de sesenta y cinco mil personas con una fuerza policial de setenta y cinco, contando el ama de llaves, el administrativo, el alguacil y la secretaria. Descontando a los dos hombres que llevaban los furgones policiales tirados por caballos, el jefe John Glass contaba con cuarenta y ocho agentes para controlar casi cien kilómetros cuadrados mientras lidiaban con los problemas del día a día.

—Se juegan algunas (demasiadas) partidas de póquer en las trastiendas de establecimientos de venta de puros y tabernas

que están haciendo daño a la juventud de esta ciudad y suponen el medio de vida para una banda de miserables demasiado vagos para trabajar — indicaba el jefe Glass a los vecinos en su informe anual—. Las apuestas de lotería no son fáciles de erradicar, y el número de prestamistas y demás correedores de bienes de segunda mano se ha incrementado.

La buena noticia para Los Ángeles era que el número de prostíbulos se había mantenido estable y que «se ha declarado la guerra a los proxenetas», decía el jefe.

—Creo que ahora hay menos seres viles de esa calaña que en cualquier momento del pasado.

Otra buena noticia era que se habían ahorrado 1.867, 10 dólares haciendo que los presidiarios se cocinasen su propia comida, en vez de contratar un restaurante para alimentarlos. Pero el jefe Glass se guardaba una ominosa advertencia para ese poblado azotado por el sol que se jactaba de ser el jardín del Edén de Estados Unidos: «Una causa muy seria de molestias y peligro para los residentes de esta ciudad crece año tras año. Cada invierno se establece aquí un creciente número de rateros, ladrones de cajas fuertes y otros hábiles delincuentes procedentes de las mayores ciudades del este». Si bien se habían producido no pocos arrestos de «delincuentes del este», Glass declaró que había llegado el momento de equipar a sus agentes con algo más que porras de palisandro y cinturones de cuero, así como remediar que tuviesen que comprar sus propias esposas y revólveres. El jefe conminó a la ciudad a que proporcionase a cada agente cada una de esas herramientas, además de «un silbato, una llave para bocas de incendio... y un rifle de repetición de primera clase».

Con la llegada del siglo xx, los tiroteos se volvieron habituales entre los vendedores de fruta inmigrantes en Los Ángeles —primeras pistas de que la famosa Mano Negra podía estar en la ciudad— y los indeseados forasteros del este fueron elevados a grado de «gánsteres del este». Después de que George Maisano recibiera tres tiros en la espalda, el 2 de junio de 1906, vivió lo suficiente para decirle a la policía que el pistolero era un compañero vendedor de frutas inmigrante, Joe Ardizzone, el «Hombre de Hierro» del pequeño barrio italiano de la ciudad. Pero Ardizzone «desapareció inmediatamente en la oscuridad», se dijo en esa época. «Es un caso difícil, ya que otros italianos de la colonia local hacen todo lo que está en su mano para ayudar al criminal a escapar y se niegan en redondo a hablar del tema, asegurando que nunca lo han oído mencionar».

Pocos meses después, un hombre en bicicleta disparó a Joseph Cuccia, padre de tres hijos, mientras conducía su carro por la North Main Street, espantando a los caballos, que arrastraron el carro a lo largo de dos manzanas sin control alguno. Cuando un testigo intentó perseguir al ciclista que se daba a la fuga, el tipo se dio la vuelta con la pistola y dijo:

—Será mejor que nadie me siga.

El siguiente fue el barbero Giovannino Bentivegna, que fue tiroteado a través del escaparate de su establecimiento. Las autoridades dijeron que se encontró una carta en su bolsillo, escrita en siciliano, «que contenía un obscuro dibujo de un payaso y un policía», la típica advertencia de la Mano Negra para los soplones. Fueron los mismos incidentes que asolaron el barrio de Little Italy, en Nueva York, a raíz de la oleada de inmigrantes provenientes del otro lado del Atlántico

durante la década de 1890. Pero ¿Los Ángeles? Se sugirió un nuevo nombre para una de las calles que atravesaban su barrio italiano: Shotgun Alley*.

En 1913, el Departamento de Policía de Los Ángeles anunció que iba a contratar a veinticinco nuevos agentes para combatir a lo que ahora se denominaba «matones del este», debido en parte al asalto a mano armada de una joyería de South Broadway. Unos desconocidos abrieron un boquete de sesenta centímetros en el tejado, bajaron con una cuerda, evitaron varias alarmas y se llevaron una bandeja con docenas de anillos de diamantes por valor de 6.000 dólares, el asalto más lucrativo del año. Los ladrones eran profesionales, eso estaba claro, pero las autoridades de Los Ángeles estaban seguras de que era una prueba más de la llegada masiva de nuevos estafadores y criminales: ladrones de porches (*dingbats*), carteristas (*dips*) y especialistas en cajas fuertes (*pete blowers*). «Hay mil ladrones de camino a Los Ángeles», declaró la policía a *Los Angeles Times*, añadiendo que la mala noticia procedía directamente de agencias policiales bien informadas. «Los departamentos del este han advertido recientemente de que casi todos los ladrones arrestados han dicho que se irían a Los Ángeles si les soltaban, aparte de que todos los hombres con órdenes de búsqueda a sus espaldas están en la ciudad o de camino».

Como si se quisiera acentuar la advertencia — y acallar cualquier escepticismo —, uno de los veinticinco agentes novatos contratado para repeler la invasión se vio envuelto en un tiroteo con dos pistoleros casi inmediatamente. A días de estrenarse en el puesto, Frank «Lefty» James se convirtió en

* Avenida de la escopeta (*N. del T.*).

un héroe de la noche a la mañana al recibir un balazo en el hombro izquierdo mientras mataba a uno de sus asaltantes y hería al otro, que no tardó en confesar a la policía que había llegado a la ciudad tan solo un día antes... desde Buffalo.

Luego, dos ayudantes del sheriff del condado de Los Ángeles protagonizaron una persecución nocturna que acabó en tiroteo en un tramo desierto de West Temple Street. Uno de los pistoleros dejó tras de sí un sombrero con un agujero del calibre 45 y la etiqueta de una tienda de... Chicago.

Todo conducía al escenario de pesadilla: la llegada de Al Capone. No tardó en extenderse el rumor de que el criminal más temido del país había puesto un pie en Los Ángeles, bajo pseudónimo, y que se alojaba en el Biltmore, un nuevo hotel muy ornamentado con una piscina de baldosas azul marino en el sótano. El detective Ed «Trifulcas» Brown dirigió una delegación policial para escoltar ceremoniosamente a Capone y sus guardaespaldas hasta el primer tren con destino a Chicago. Con apenas veintiocho años y un valor de dos millones de dólares merced al negocio del alcohol, Capone se lo tomó de buen humor, diciendo que sus chicos al menos habían tenido tiempo para visitar un estudio cinematográfico.

—He venido con unos amigos para admirar el paisaje —bromeó con sarcasmo—. No entiendo por qué todo el mundo la ha tomado conmigo. Somos turistas, y pensaba que a ustedes les gustaban los turistas. ¿Cuándo han echado de Los Ángeles a alguien con dinero?

Pero estaba claro que la ciudad era un lugar peligroso, incluso para alguien como Capone (alguien le robó una botella de vino de camino a la estación de trenes).

—Ahora ya no beberé —dijo— de aquí a casa.

Así fue como Los Ángeles tuvo su primera experiencia con un criminal que lo fastidió todo (aún quedaba otro por llegar). La ciudad también contó con un segundo policía famoso para vigilar sus límites. Primero fue «Lefty» James y ahora «Trifulcas» Brown. Qué titular más glorioso se ganó Trifulcas. ¡Glorioso, glorioso!

Cara Cortada Al vino a jugar
¡Anda, mira, se tuvo que marchar!

Para entonces, los Whalen se habían establecido en un pequeño apartamento sobre una tienda de bienes no percederos que abrieron con lo último que había ganado Fred. Llegaron por el desierto, atravesando el viejo camino de Santa Fe, reparando las ruedas inevitablemente desinfladas del Dorris durante el día y acampando de noche en tiendas mientras los coyotes aullaban fuera. No había muchos otros Marmon Touring Car en ese camino que pronto recibiría el nombre de Ruta 66. Pero en 1922 sí abundaban otros inmigrantes del Medio Oeste, que llegaban en su destartalado Modelo T, de camino para abultar la población de Los Ángeles, que sobrepasó a San Francisco, hasta convertirla en la ciudad más grande de California. Cien mil personas recalaban allí cada año, sobre todo desde los estados del centro, aunque ya no atraídas por las fantasías de oro y riquezas del siglo anterior. Si bien algunas seguían un canto de sirena similar, el de la fama en el cine, a la mayoría les bastaba soñar con un nuevo comienzo en «la ciudad donde siempre brilla el sol», citando a Cornelius Vanderbilt Jr., por no mencionar los almuerzos gratuitos con que los promotores inmobiliarios agasajaban a cualquiera

que visitara sus nuevas promociones. Con no menos de seiscientas treinta y una subdivisiones de obras el año que los Whalen llegaron, un constructor se disponía a erigir un enorme cartel en las colinas que rezase: «HOLLYWOODLAND», justo encima de sus casas. Otro adornó sus parcelas con imágenes de las casas que se iban a construir colocadas en fachadas falsas, soportadas sobre puntales de madera, que representaban la versión inmobiliaria de los decorados cinematográficos de Hollywood. Otro regalaba un gallo para el patio trasero..., uno podía seguir sintiéndose como un granjero de Iowa. Mientras, un inmigrante del Medio Oeste reconvertía el cementerio en «parque memorial», prescindiendo de todos aquellos morbosos monumentos, sustituidos por bloques de piedra tumbados sobre el suelo, a lo largo de apacibles extensiones de césped, para que los afligidos pudieran hallar paz y esperanza. Herbert L. Eaton, oriundo de Missouri, prometió que su bosque de césped sería «tan distinto de otros cementerios como el sol es distinto de la oscuridad, y la vida eterna de la muerte». ¡En Los Ángeles, el cementerio se convertiría en el «Jardín de Dios»!

Los Whalen pusieron una tienda a poco más de un kilómetro al oeste del centro, alejada de la aglomeración comercial y de aquella intersección considerada como la más transitada de todo el país, pero el desarrollo iba en esa dirección. El hotel Ambassador, con aspecto de castillo, acababa de erigirse en Wilshire Boulevard, con quinientas habitaciones y un club nocturno, el Cocomanut Grove, donde las bailarinas bailaban «bajo el embrujo de las palmeras (artificiales)». Sin embargo, Wilshire seguía sin asfaltar en la otra dirección, conforme se alejaba de la ciudad, atravesando vaquerías y campos de soja en su extensión hasta el océano. Los Whalen

se encontraban asimismo a tiro de piedra del Westlake Park, la estampa más repetida de las tarjetas postales que tan de moda estaban, con sus adulteradas escenas pastel representando a damas y caballeros ataviados con sus mejores trajes dominicales, paseando bajo cipreses y palmeras hasta el embarcadero del lago, un mirador coronado por una bandera de Estados Unidos desde donde podía contemplarse a parejas jóvenes remando en sus embarcaciones. Esas estampas idealizadas podían encontrarse junto a la caja registradora de los Whalen, entre las demás mercancías que robaban.

Fred y Lillian fueron detenidos después de la Navidad de 1924 por hurtar tres jerséis de una tienda del otro lado de la ciudad. Fred aguardaba en el coche para huir mientras Lillian homenajeara su pasado familiar con Jesse James saliendo con las prendas mientras el dependiente estaba ayudando a otros clientes. La policía exhibió más mercancías de los Whalen en la comisaría central: medias, vestidos, prendas íntimas femeninas de seda. Los comerciantes del resto de la ciudad se pasaban por allí y anunciaban qué era suyo. Llegado el momento del juicio, la fiscalía ya contaba con una docena de testigos de sus extendidos hurtos de poca monta.

Cuando le tocó a Fred subirse al estrado, esgrimió su sonrisa de vendedor y juró que todos los sujetadores y saltos de cama eran regalos recibidos en una fiesta de cumpleaños. Pero al jurado le bastaron veinte minutos para hallar a la pareja culpable. Lillian se desmayó tras el anuncio del veredicto y Fred tuvo que pasar una noche en la cárcel, además de sufrir la deshonra de que el periódico local lo llamara «autoproclamado campeón de billar».

Resultó un desagradable comienzo en Los Ángeles, pero al menos nadie les puso el cartel de forasteros. En una ciudad

de refugiados e impostores, ser comerciantes, padres de dos criaturas, bastó para cualificar a los Whalen como auténticos angelinos. Hasta les vino bien que los muy idiotas dudaran de la capacidad de Fred con un taco.

Prefería el billar americano continuo, donde había que colar ciento veinticinco bolas; era el torneo definitivo. Pero el dinero estaba en los bares y los garitos donde los paletos disfrutaban con partidas más cortas, como las de Bola Ocho. Un jugador del calibre de Fred era capaz de colar todas las bolas, fuesen rayadas o lisas, en un solo turno, pero no ganaría un centavo si lo hiciera. Borrachos y todo, la mayoría de esos cerebros de mosquito se irían con su dinero ante una demostración de destreza así. Con lo que, en vez de ello, procuraba fallar sus primeros golpes por poco, dejando sus bolas, rayadas o lisas, al borde de los huecos. Y lo más importante: dejaba la bola blanca de tal modo que su adversario nunca tuviese un tiro claro. Tras su turno fallido, Fred solo tenía que colar sus bolas por los pelos, golpes que cualquiera podría ejecutar. Los otros pensarían que era un tipo afortunado, y eso era todo. Al principio podrían empezar apostando centavos, pero los perdedores frustrados no tardaban en subir a dólares enteros, o quizá más, para recuperar pérdidas.

Así operaba Fred Whalen cuando hacía sus rondas por los garitos de billar más lujosos, favorecidos por los beneficiarios de las dos industrias más pujantes de la zona. Los del petróleo tenían mucho dinero en el bolsillo gracias a las reservas encontradas en Signal Hill, cerca de Long Beach, donde un solo pozo daba cuatro mil litros al día. Los tipos de Hollywood también estaban forrados, para 1927 llegaban a gastarse cien millones de dólares al año en la producción de películas.

Pero Fred no desdeñaba tampoco los barrios más bajos, donde el billar era un aspecto básico más de la vida y una prueba de hombría. Una de esas comunidades era la de Boyle Heights, una barriada deprimida al este del río Los Ángeles, poco atractiva por su proximidad a las fábricas y las estaciones de trenes. Ese lugar acogía lo que el resto de la ciudad desechaba —o era marginado por los contratos inmobiliarios—: mexicanos, italianos y, sobre todo, judíos rusos pobres, que generalmente lo habían intentado en Nueva York sin mucha suerte y ahora eran refugiados de segundo ciclo. Boyle Heights era el típico barrio donde sobrevivía el más fuerte, lo que se escenificaba en las partidas nocturnas que se celebraban en el salón de billar de Art Weiner. Atraía a tipos con nombres como Matzie y Dago Frank, que podían sacar el número que desearan con cualquier par de dados y también presumían de ser unos jugadores de billar de primera. Los muchachos duros de la zona competían para ganarse su favor, y entre ellos estaba un diminuto chico de los periódicos, llamado Meyer Harris Cohen, cuya madre, Fanny, una inmigrante de Kiev, se había traído a sus seis hijos al oeste tras la muerte de su marido, Max. Todos ayudaban en la pequeña tienda de comestibles que abrió la mujer, apilando latas, aunque el más pequeño prefería las calles o el salón de billar, donde a menudo ordenaba las bolas y llevaba el marcador para los peces gordos locales, Matzie y Dago Frank.

—¡Pásame la tiza! —le decían, y eso hacía el muchacho, al que llamaban Mickey para abreviar. Pero no hay forma de saber si el joven Mickey Cohen se cruzó con Fred Whalen cuando este tomaba el pelo a sus ídolos con las bolas y el taco, o si sus miradas se cruzaron en alguna de las mesas de tapete

verde del salón de billar de Art Weiner, como lo harían en la sala de un tribunal de Los Ángeles décadas más tarde.

En ocasiones, Fred deseaba pavonearse, se cansaba de contener la mano, por lo que la familia solía viajar por carretera hasta comunidades más pequeñas, reminiscentes de aquellas a las que habían timado a lo largo de su periplo a través del país. Lillian le confeccionó un traje de satén azul claro, con la parte superior al estilo cosaco, y una máscara, y repartían panfletos publicitarios anunciando la exhibición de «La Maravilla Enmascarada». Fred se dedicaba a mostrar los trucos que había aprendido en la niñez, incluido lo de las bolas sobre las botellas de Coca-Cola, además de otros que implicaban parejas de tacos a modo de rampas: la bola blanca subía y bajaba por el circuito y luego chocaba con otras tres o cuatro de color y las colaba en los huecos. También escondía bolas debajo de un pañuelo y las colaba o las hacía desaparecer. Una estimulante honestidad rodeaba las demostraciones, y no solo por la habilidad que desplegaba. Ahora podía decir quién era.

—Os voy a engañar —decía—, pero aunque lo sepáis de antemano, no podréis ver cómo lo hago.

Y entonces hacía desaparecer la bola roja, robándola justo debajo de sus narices.

Claro que no había renunciado a numeritos como el del chófer, ni de lejos. Aquello le encantaba. De hecho, volvería a hacerlo, pero no con Gus interpretando el papel del chófer en la versión de Saint Louis del timo. Fred Whalen pronto pudo permitirse un chófer de verdad, así como un auténtico Stearns-Knight Touring Car, y cómo alcanzó esa cima es algo que no tiene nada que ver con el billar.